HELL IS ROUND THE CORNER

*Atenea Cruz**

para Iván Alarcón

1

En el principio fue un alfiler. Elemento metonímico con que su madre ejemplificaba el hecho de que el más pequeño de los objetos era suficiente para volverse blanco de la ira del Señor: “Con un alfiler, con uno solo basta para irse al infierno. Robar es robar”. En su infancia más tierna el temor corroía su espíritu, pero una vez (más por descuido que de forma deliberada) hurtó de una mercería una pieza del muestrario. Esa noche, ya en casa, notó estremecida el alfiler abrochado con descuido en el puño del suéter escolar. Pasó la noche en vela, dudando sobre lo que tenía que hacer: confesar ante su madre era la opción más obvia, pero también la más terrible. Reconocer su estupidez y ser castigada con la dureza habitual en aquel hogar de firmes convicciones católicas por algo tan menor, le parecía exagerado, casi injusto.

La otra opción era regresar a la tienda para devolver lo robado, cosa que resultaba, además de humillante, difícil de realizar, puesto que no contaba con los recursos para desplazarse al centro de la ciudad (su madre consideraba que el dinero, además del sexo, era el gran corruptor

*Atenea Cruz (Durango, 1984) es autora de la novela *Ecos* (FETA, 2017), así como de los poemarios *Apuntes al reverso de papeles diversos* (FETA/La Ceibita, 2015) y *Suite de las fieras* (IMAC, 2012). Estudió la Licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. El presente cuento forma parte del libro *Corazones negros*, próximo a publicarse.

del alma humana, así que le prohibía usarlo, a fin de mantener impoluto su espíritu). No encontraba la manera de ir a la mercería sin tener que decir una mentira y eso era impensable. Imposible.

Esa noche fue un hito. A pesar de que pretendía actuar de acuerdo con los principios que con tanto rigor le habían sido inculcados, pudo más la reprimenda materna. Puesta a elegir entre Dios y su madre debió reconocer que, acaso por la inmediatez de la furia vengadora de esta, prefería estar bien ante ella sobre todas las cosas. Ahí descubrió lo poco que le importaba en realidad si Dios existía o no.

2

Puede decirse que fue una adolescente modelo: estudiante sobresaliente, presta a participar en cuanta actividad extracurricular existiese (siempre que no interfiriera con su desempeño académico), acomodada en su casa, humilde y dócil ante las consejas de los adultos, paciente y amorosa con todos los seres del mundo, incapaz de un arranque de cólera. Debía ser así, pero no se trataba de un fingimiento: para ella la bondad era una forma de vida, no una prótesis que le permitiera funcionar en sociedad.

Asunto aparte era el placer que hallaba en sustraer cosas del cuarto de su mejor amiga, de la casa de su tía, de la cocina de la anciana a la que ayudaba dos veces por semana, como parte de su activismo religioso. No eran objetos útiles, mirados en conjunto semejaban una caja de objetos perdidos, meros tiliches que ni siquiera sus propietarios echaban en falta: una liga para el pelo, el instructivo de un viejo televisor, broches para tender la ropa. Posesiones cuyo único rasgo en común era el capricho de ella. O, mejor dicho, el secreto.

3

Fue certero que el placer se erigiese como pecado: nada hay más peligroso que el ansia voraz despierta por virtud del goce, el suyo alcanzó el clímax la tarde que robó un tubo de hilo de seda que un tío le había

enviado a su madre desde el extranjero junto con una pieza de tela muy fina como regalo de cumpleaños. Durante días vio a su madre buscar y rebuscar en los ordenados cajones, desconcertada, aquel tubo que era irremplazable, en su calidad de muestra de amor filial.

No se trató entonces ya únicamente de robar: el gozo extendió sus fronteras al acto de contemplar las reacciones de los demás. Contenerse en el momento para luego, ya en privado, disfrutar su triunfo en esas batallas de los que los otros ni siquiera se sabían contendientes.

4

El día del juicio final llegó por culpa de un libro. Desconocía el autor, incluso el tema. No era un libro significativo. Lo tomó porque estaba junto a la pila de volúmenes que ya había pagado. Parecía muy fácil. Para entonces tenía bastante experiencia en tiendas departamentales y de abarrotes. Era un libro de bolsillo, blanco, pasta suave. Con la habilidad de alguien bien entrenado en su disciplina, lo guardó en la bolsa. Demoró un rato más revisando las novedades en los anaqueles para cubrir las apariencias, sin saberlo dio oportunidad a la encargada para notar aquella ausencia. Tanto insistió en que faltaba que terminó por sacarlo de su bolsa de compra, fingiendo una confusión. Aunque era ya una mujer joven, el trato que le dieron fue pueril: el guardia se empeñó en revisarla y la empleada se rehusó a recibir el pago por el libro para resarcir el daño. Le tomaron una foto que fue exhibida a la entrada de la librería. Al tratarse de una franquicia hubo que enviar un reporte a la matriz, acompañado de la denuncia en el ministerio público. Su rostro avergonzado en la sección policiaca de los periódicos locales quedó grabado en piedra.

133

5

La rabia de su madre destruyó la habitación en su afán por conocer a aquella extraña que había albergado bajo su techo. Como era de esperarse, dio con aquellas cajas acumuladas a lo largo de los años y lloró,

lacerada en su orgullo de madre, al darse cuenta de que su buen ejemplo y todo cuanto le enseñó no habían servido. Esa hija era la materialización de su fracaso. Pero el odio, el odio verdadero se desbordó cuando surgió de entre aquel montón de baratijas el tubo de hilo de seda, que tenía encajado el primer alfiler.

6

Para poder aspirar al perdón de Dios nuestro Señor es importante ser firme a la hora de educar a los hijos en la fe: que al momento de pecar ellos sean capaces de reconocer por sí mismos sus errores, solo así se llega al arrepentimiento sincero. Solo con humildad se puede aceptar su condena, sin lamentar nada más que haber ofendido a Dios. Por eso ella no emitió sonido alguno cuando su madre, llorando, clamaba por la entereza necesaria para perdonar semejante injuria, mientras con amor purísimo y perfecto le cosía una mano con la otra a la manera de los que rezan, librándola de volver a pecar.